

Del Libro a la Historieta

por Sebastián Salazar Bondy

77

Demasiado frecuente está resultando ver a personas entregadas a la lectura de revistas de historietas, esas que están destinadas al público infantil y narran, a través de profusas ilustraciones, ingenuas aventuras de "cow-boys", guerras interplanetarias y casos policiales de inocente trama. No se trata de las tiras cómicas en las que el dibujo caricaturesco e ingenioso constituye un lenguaje de particular calidad, sino de relatos que presumen de serios y novelescos. El hecho puede parecer inocuo, más es índice de un descenso general del nivel intelectual de la multitud y testimonio de que la mayoría está siendo habituada lenta y peligrosamente a la más fácil complacencia mental. Del folletín por entregas de nuestros abuelos y nuestros padres a esta clase de entretenimiento hay un abismo. El caso es que la revista de historietas no plantea ningún problema, no abre interrogante alguno sobre la existencia y su drama, no enseña ni alecciona sobre nada. Esta infima clase de publicación está desterrando, inclusive, al digesto de artículos y libros condensados, el cual ya es de por sí bastante pobre de ideas y suscitaciones espirituales.

Tal crisis del lector y la lectura concluirá por convertir el libro en un objeto cuyo manejo sólo conocerán ciertas minorías selectas, y esto no es cosa de juego. Hay aquí, con evidencia incontestable, un problema social tan grave como el del tráfico de drogas. A fin de cuentas, la generalización de esa costumbre puede provocar sobre la colectividad los efectos de una adormidera más sutil y aparentemente menos tóxica que la inyectable. El individuo que se acostumbra a la historieta —la propia denominación de este género de revista implica cierta intención reveladoramente despectiva o peyorativa— pierde los instrumentos del pensamiento y el discurso, y olvida el atributo que posee de adoptar una actitud crítica ante el texto que enfrenta. No juzga ni interviene de alguna manera en el relato, pues, al desaparecer el narrador, al faltarle quien describe y, por ende, opina, recibe el gráfico simplemente como una cosa. De otra parte —véase por curiosidad cualquiera de estas publicaciones—, ese gráfico carece de todo valor artístico y no representa ninguna contribución al enriquecimiento del gusto estético de su consumidor. La índole misma de las narraciones que en estas revistas aparecen —siempre han de estar destinadas a la persona menos dotada, menos aguda, menos penetrante de juicio—, impide a los redactores y dibujantes ser demasiado profundos o complicados.

Y de la misma manera que el buen cine y el teatro han encon-

trato respectivamente la contraparte del melodrama cinematográfico y del novelón radioteatral, el libro debe haber comenzado a sentir (no hablo siquiera del libro excepcional, de la obra de arte, sino del libro corriente, del escrito para las mayorías) el impacto de la historieta sin hondura ni estilo. La lectura es una costumbre que no se adquiere de pronto. Si las facultades de atención, de raciocinio, de voluntad, del individuo están atrofiadas, es inútil que él sepa leer. Faltándole o siéndole inútiles aquellas, no le será posible afrontar con provecho la lectura de un volumen por simple y reducido que éste sea.

Obvio es cuán importante para una nación resulta que sus miembros piensen y se muevan por su propio juicio, cultivado en el tratamiento de las mejores fuentes de la inteligencia. No hace falta repetir cuál es la ventaja de una nación culta sobre otra inculta. De ahí que sea imperiosa la obligación que los gobernantes de un pueblo tienen de procurar a sus gobernados una educación completa y sólida. Es necesario, por ello, multiplicar escuelas y colegios elaborar mejores programas y preparar maestros idóneos en cada especialidad, más hay una rama de la educación que no es posible descuidar: la que está más allá de las aulas. Y en ese campo es donde debe estimularse la lectura. Todo un plan de publicaciones baratas puede intentarse como forma inicial de una campaña encaminada a complementar las lecciones que el ciudadano recibe, durante su niñez y su adolescencia, en las carpetas escolares. Su objeto sería el de no abandonar la educación de nadie en ningún instante y ninguna edad, puesto que por más años que tenga un hombre, por más experiencia que haya acumulado durante su vida, nunca es bastante sabio como para no tener nada que aprender.

Ya se ha dicho que el libro peruano no ha logrado todavía ni el mínimo de la calidad que el de otros países y que, debido a su alto costo, se halla igualmente distante de las posibilidades del escritor como de las del lector. El libro extranjero, que representa el alimento intelectual de la mayoría de lectores nacionales, a veces resulta, por su precio, de carácter prohibitivo. Todo, como se ve, conspira contra la difusión del hábito de leer. En realidad debido a estas circunstancias no debiera llamarnos la atención la incesante multiplicación de esos ávidos devoradores de historietas que, en la calle, en los ómnibus, en las oficinas, se sumen en el cándido paraíso de las aventuras en el planeta Marte o las batallas entre pieles-rojas y vaqueros del oeste norteamericano.